

Crónica de una crisis anunciada

Julio vio llegar precisamente la clase de crisis, tanto en el sector automotriz como en los fondos especulativos, que Lyndon LaRouche había pronosticado. Hubo quienes creyeron que el desastre podía posponerse, pero desde principios del segundo trimestre del año LaRouche tuvo claro que General Motors y Ford iban a la quiebra, y, desde fines del mismo trimestre, que las repercusiones de estas y otras bancarrotas, en particular las de los fondos altamente especulativos, llevarían al sistema financiero mundial a una situación de ruptura (ver artículo pág. 2).

Es interesante que cada vez hay más indicios en Washington de que políticos encumbrados están percatándose que LaRouche tuvo razón. Hasta ahora, les faltan las agallas para reconocerlo en público o para avanzar la solución de LaRouche.

Por lo pronto, el presidente de la Reserva Federal Alan Greenspan y sus compinches de los bancos centrales han erigido de nuevo un “muro de dinero” para contener el problema, y cruzado los dedos esperando poder mantener la situación política a raya. Pero, el nuevo período de hiperinestabilidad alcanzado plantea, inexorable, la necesidad de instaurar un nuevo sistema viable que siga el principio de Bretton Woods, como sólo LaRouche ha propuesto.

Los informes recientes de dos instituciones financieras plantearon parte del problema. El 17 de julio Tremont Capital Management informó que del 15 al 17 de junio los fondos especulativos estarían *perdiendo* capital “por primera vez en tiempos recientes”. La razón, señaló, es que los inversionistas estarían abandonando las estrategias perdedoras de los fondos. Ya desde el segundo trimestre había una fuga neta mundial de capital de los fondos especulativos, informó. Menos específico fue el comunicado de Fitch Ratings Service, que decía que los fondos están concentrándose cada vez más en los mercados de “altos rendimientos” (de bonos chatarra) y, así, en vez de atenuar el riesgo de desastre, tienden a contribuir a un efecto dominó que podría desestabilizar todo el sistema financiero.

Incluso la revista popular *U.S. News & World Re-*

port del 25 de julio dijo que la burbuja de los derivados de crédito podría estallar, llevándose consigo el sistema bancario. Los derivados de crédito “no ayudan a extinguir el riesgo”, sino a extenderlo entre los grandes inversionistas como los bancos, las aseguradoras, y los fondos de pensiones y especulativos, señalaba. Los derivados “de hecho podrían amplificar el efecto de mercado de una mora empresarial”, y el desplome de un fondo especulativo podría desencadenar “un peligroso efecto oscilatorio en toda la economía”.

Por supuesto, ninguna de estas advertencias es “nueva” para los lectores de *EIR*. Lo nuevo es que las autoridades financieras empiezan a admitir que quizás no puedan controlar las repercusiones de esto en todo el sistema, una vez que cualquier cantidad de burbujas reviente.

Los máximos banqueros sinarquistas tienen sus propios modos históricamente probados de lidiar con semejantes crisis, modos de los que los regímenes fascistas de los 1930 son ejemplos aterradores. Ellos confían en poder aplastar cualquier oposición a su rapacería, mediante medidas que llegan e incluyen hasta el gobierno dictatorial “de emergencia”. La destrucción de las instituciones dedicadas a la defensa del bien común es, por lo general, el primer paso hacia tal salida falsa al problema.

Por fortuna, sí hay una salida real a la crisis, una que retoma los métodos que el presidente Franklin Roosevelt usó para bregar con la crisis de los 1930, y que LaRouche enarbola hoy basado en los mismos principios del Sistema Americano. Las décadas de esfuerzo del movimiento de LaRouche les han facilitado a todos los “jugadores” potenciales los principios necesarios para evitar el fascismo global, junto con un diagnóstico preciso de la etiología de la crisis. La indecisión de los dirigentes y políticos mundiales en aplicar estas soluciones ha costado ya millones de vidas, y en potencia podría costar muchas más.

La siguiente fase de la crisis viene, sin duda, a la hora anunciada. La pregunta es si la solución habrá de aplicarse a tiempo, antes de que un nuevo desastre de décadas recaiga sobre toda la humanidad.